

EN la vida, para todo hay que ser un poquito elegante y el Ayuntamiento no ha sabido serlo", dijo uno de los comerciantes con quienes yo estaba sentado en la terraza de un bar, frente al mercado de la madrileña plaza de Olavide. Otros empleaban un lenguaje más duro: "Es un atropello", "es una alcaldada", declaran. Unos ciento veinte expendedores se han visto privados de su medio de vida al disponer el Ayuntamiento el cierre del mercado de Olavide. El hecho no tendría más trascendencia que la que se deriva de las pérdidas sufridas por cada uno de estos comerciantes, y no justificaría una crónica, si no fuese por la forma destemplada en que se ha llevado a cabo la singular expropiación. Es esto lo que hace que estos hechos trasciendan el ámbito puramente local y lo que les concede valor de ejemplo con destino a una posible "teoría de la inclemencia administrativa".

Es el caso que el día 4 de este mes de agosto los expendedores del mercado de Olavide recibieron del Ayuntamiento una notificación por la que se les avisaba de que el día 14 sería el último día de mercado y se les daba, para proceder a desmontar sus instalaciones y retirar sus enseres, un plazo que originalmente terminaba el 16 de agosto y posteriormente fue ampliado al 6 de septiembre. El Ayuntamiento, según se decía en la notificación, concedía a los expendedores así expropiados una "compensación económica de carácter graciable por gastos de traslado y desmontaje". Se trataba, pues, de una expropiación sin contrapartida económica en la que se concedía "graciosamente", es decir, sin que el Ayuntamiento estuviera obligado a ello por precepto de la Ley, una compensación para gastos.

Jurídicamente hablando, el procedimiento había seguido su curso desde que en febrero de 1972, el Ayuntamiento tomó el acuerdo de suprimir el mercado de Olavide. Se previó entonces, por estimaciones que se publicaron en la prensa, que la expropiación de los derechos adquiridos por los comerciantes que regentaban los puestos del mercado costaría unos setenta millones de pesetas. Pero he aquí, que en junio de 1974 el Ayuntamiento se descolgó con la teoría de la expropiación con compensación puramente "graciable", de forma que los setenta millones que originalmente se calculaban quedaron convertidos en unos diez millones. En la comunicación que el Ayuntamiento envió a los expendedores en el mes de junio de este año se comunicaba este carácter de "graciabilidad" de la expropiación y se daba un mes de plazo para presentar el recurso. Pasado este tiempo y desestimados los recursos administrativos presentados, el Ayuntamiento ha procedido ahora al lanzamiento.

"A mí me han concedido setenta mil pesetas —decía un verdulero—, y para despedir al dependiente que tengo desde hace quince años necesito casi cien mil". Otro dijo que había pagado, hace cinco años, ochocientas mil pesetas por el traspaso de la carnicería que regentaba y, como compensación "graciable", el Ayuntamiento le daba ahora ciento veintinueve mil. Las compensaciones que se han distribuido oscilan entre treinta y ciento treinta mil pesetas, dependiendo esto de la categoría de los puestos. Pero nadie ha recibido, según dijeron los expendedores que hablaban conmigo, una cantidad superior a la de ciento treinta mil pesetas por cada puesto. Las tasaciones hechas recientemente por la Cámara de Comercio e Industria difieren radicalmente en los cálculos "graciales" del Ayuntamiento; pues, donde éste asigna cien mil pesetas, la Cámara estima que debería pagarse un millón doscientas mil, en concepto, no de compensación sino de traspaso, teniendo en cuenta los años de trabajo, el volumen de negocio, la clientela, etcétera.

Hay que tener en cuenta que la mayoría de los comerciantes del mercado de Olavide —casi un setenta por ciento—, tienen derechos adquiridos desde que el mercado fue construido en 1933; unos derechos que, en algunos casos, han pasado de padres a hijos. El resto se hizo cargo de los puestos, en años posteriores, pagando los traspasos exigidos por sus anteriores tenedores, que ahora no se les reconocen. Es interesante anotar que el Ayuntamiento

SILLA DE PISTA

El mercado de Olavide y la alcaldada

tenía conocimiento de estos traspasos y percibía un tanto por ciento de la cantidad pagada en su concepto —al decir de uno de los comerciantes con quienes hablé— "como cualquier casero". "Ha cobrado el Ayuntamiento en estos años más de lo que ahora nos paga a todos juntos", me dijo alguien. "Ahora nos dan una compensación 'graciable', pero nosotros no estábamos aquí, 'graciosamente'. Pagábamos religiosamente nuestros impuestos".

Los perjudicados por esta singular decisión municipal desean dejar bien claro que ellos no se oponen a la supresión del mercado de Olavide; máxime que, según se ha anunciado, existe el proyecto de hacer en la plaza de Olavide unos jardines que descongestionen la zona. Lo único que piden es que se les reconozcan sus derechos. Una porción importante de los comerciantes de este modo expropiados está formada por gente mayor, muchos de ellos verduleros, pescadores o carniceros modestos que, con el dinero que recibían como compensación por gastos de traslado, no podrán ni siquiera pensar en pagar el traspaso que les permita reanudar en otra parte las actividades a que se han dedicado toda su vida. Existen también



unos setenta dependientes que quedarán en la calle como consecuencia de esta expropiación sin precedentes. Muchos de ellos son gente de edad a quienes les será difícil encontrar trabajo.

En otro orden de cosas, el edificio del mercado es una elegante construcción de 1933 que en modo alguno afea la perspectiva urbana de la plaza. Según me informaron, este edificio está considerado en algunas publicaciones de la Escuela de Arquitectura como uno de los cien edificios mejores de Madrid. Los comerciantes con quienes hablé me dijeron que el mercado está dotado de todos los adelantos modernos tales como patios de carga y descarga, con cabida para seis camiones; cámaras independientes para cada ramo de alimentación; etcétera, y de instalaciones de que carecen incluso mercados construidos en fecha más reciente. Los expendedores aseguraban que una ligera reforma y adecentamiento del mercado, abandonado en estos años por el Ayuntamiento, lo convertiría en uno de los mejores de Madrid.

El lanzamiento de los expendedores del mercado de Olavide se ha hecho de modo tan expeditivo, dándoles apenas diez días de tiempo para que cada uno pudiera buscarse otro sistema de vida, que se da el caso de que algunos de los perjudicados han tenido que volver precipitadamente de su pueblo donde estaban pasando las vacaciones. No falta alguno que no se ha enterado todavía, pues no ha podido ser localizado por sus compañeros. El Ayuntamiento ha aprovechado hábilmente los días del año en que mayor número de madrileños se encuentran fuera de la ciudad —los días de la Virgen de agosto o, como aquí se dice, de la Paloma— para realizar el lanzamiento. La sorpresa veraniega, ya se sabe, es una de las técnicas frecuentemente usadas en el desarrollo de las inclemencias administrativas o —como decían mis informadores— de las "alcaldadas".

Pero hay más. Mientras tanto, acaba de ser abierta al público en las proximidades de la plaza de Olavide una galería de alimentación que da a las calles de Fuencarral y Alburquerque. Los traspasos de los puestos valen allí entre uno y tres millones de pesetas. El rumor entre los expendedores del mercado de Olavide es que el fulminante cierre decretado por el Ayuntamiento pudiera estar en alguna manera conectado con la apertura de las galerías. Lo cierto es, se afirma, que mientras existía el mercado, las galerías estaban asfixiadas. Es difícil aventurar una afirmación en este aspecto pero demasiado a menudo hemos visto prevalecer los intereses privados sobre los públicos para que un hecho así no dé lugar, al menos, a comentarios. La desconfianza de la gente en este punto es tal que no está de más decir de paso que se ha rumoreado estos días en Madrid que un socavón que se produjo no lejos de este barrio hubiera podido ser provocado voluntariamente a fin de hacer que el Ayuntamiento, al arreglar el socavón, construyera de paso los accesos a unos grandes almacenes que van a instalarse en el solar que quedó libre tras la demolición del barrio de Pozas, recordado en los anales de la ciudad por la resistencia que algunos de sus moradores, encabezados por el escritor Lauro Olmo, opusieron hasta el final a la decisión municipal de derribarlo.

Tal vez ambos casos, el del socavón de Pozas como el de la relación que pueda existir entre el cierre del mercado de Olavide y la apertura de las Galerías de Alimentación de Fuencarral, no sean más que meras coincidencias. Pero el clima que se respiraba el otro día en la plaza de Olavide era de sospecha y malestar. Casi doscientas familias, entre comerciantes y empleados, han visto atropellados sus derechos adquiridos de antiguo. No se oponen a la transformación de la ciudad, a su embellecimiento. Piden lo que es suyo. "Aquí lo que nos han dado ha sido leña y muy buenas palabras", decía uno. "Aquí lo que ha pasado, comentaba socarronamente un pescadero, es que nos han echao cadena perpetua después de aplicarnos la pena de muerte". Un carnicero decía: "Tengo sesenta y cinco años y nunca había visto un atropello semejante". Y le contestaba alguien: "No lo habrás visto porque no lo has pasado tú. Que aquí solamente vemos las cosas cuando nos pasan a nosotros". ■ LUIS CARANDELL.